



REVISTA
**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

ISSN: 0120-2367

Fundador:

Alfonso Mora Naranjo

Rector:

Alberto Uribe Correa

Vicerrector general:

John Jáiro Arboleda

Secretario general:

Luquegi Gil Neira

Director:

Elkin Restrepo

Asistente de dirección:

Janeth Posada Franco

Diseñadora:

Luisa Santa

Auxiliar administrativa:

Ana Fernanda Durango Burgos

Corrector:

Diego García Sierra

Comité editorial:

Jairo Alarcón, Carlos Arturo Fernández,

Patricia Nieto, Juan Carlos Orrego,

César Ospina, Margarita Gaviria,

Luz María Restrepo, Alonso

Sepúlveda, Nora Eugenia Restrepo,

Carlos Vásquez.

Impresión: Imprenta Universidad
de Antioquia, Medellín, Colombia

Correspondencia y suscripciones:

Departamento de Publicaciones,

Universidad de Antioquia

Bloque 28, oficina 233,

Ciudad Universitaria

Calle 67 N.º 53-108

Apartado 1226, Medellín, Colombia

Tel.: (574) 219 50 10, 219 50 14

Fax: (574) 219 50 12

revudea@quimbaya.udea.edu.co

Página web:

www.udea.edu.co/revistaudea

Versión digital

www.latam-studies.com

<http://oceanodigital.oceano.com/>

Publicación indexada en: MLA,

Ulrich's, CLASE

Canje: Sistema de Bibliotecas,

Universidad de Antioquia

Bloque 8, Ciudad Universitaria

E-mail: canjebc@caribe.udea.edu.co

Licencia del Ministerio de Gobierno

N.º 00238

La Revista Universidad de

Antioquia no se hace responsable

de los conceptos y opiniones

emitidos en los artículos, los cuales

son responsabilidad exclusiva de

los autores.

minísculas



La inmortalidad al alcance de la mano

ANDRÉS GARCÍA LONDOÑO

El deseo de inmortalidad debe ser tan antiguo como la noción de la muerte. Vivir teniendo un cerebro que sabe que un día no muy lejano la vida se va a acabar y con total incertidumbre acerca de lo que vendrá después, ha llevado al ser humano a construir grandes mitos, bien sea en torno al rescate de un ser amado de los infiernos —como los de Isis, Orfeo o Istar—, o respecto de la propia conquista de la inmortalidad, generalmente encarnada en un objeto mágico, como las manzanas doradas del Jardín de las Hespérides, o la Fuente de la Eterna Juventud. Este último, por cierto, un mito particularmente importante para el mundo hispano, debido a que la persecución de la imaginaria fuente llevó a Ponce de León a descubrir la Florida, aunque lo cierto es que él, como Cristóbal Colón, buscó hacia el occidente del mundo un mito que venía del oriente, pues en realidad lo que hizo fue seguir una tradición que se inició con

las numerosas recopilaciones islámicas de las historias sobre Alejandro Magno, donde se habla de las aguas de la vida.

Ello, para no mencionar los numerosos personajes literarios que pueblan casi todas las literaturas, desde Gilgamesh y el judío errante, hasta el conde Cagliostro, Drácula y los inmortales de Borges, Amis y Asimov, entre los de muchos otros escritores, incluyendo a alguno que otro personaje real que clamaba haber alcanzado el secreto de la inmortalidad, como el conde de Saint Germain, quien para el momento de su aparición en las cortes europeas en 1742 afirmaba tener más de 300 años, y de quien se decía que era un virtuoso del violín y el pincel, hablaba multitud de idiomas y conocía los más perturbadores secretos de la alquimia. De ese personaje, que supuestamente murió el 27 de febrero de 1784 —aunque muchas personas afirmaron haberlo encontrado de nuevo durante los dos siglos siguientes—, dijo Giacomo Casanova que conocía el secreto de la medicina universal y que era capaz de derretir diamantes, mientras que Voltaire afirmó, en una carta a Federico el Grande, que “era un hombre que nunca muere y que lo sabe todo”.

Como puede verse, la obsesión con la inmortalidad es al menos tan antigua como la civilización. Hay, sin embargo, una diferencia importante entre esa larga historia y el presente. Nunca antes la inmortalidad había sido una posibilidad real. Nunca antes había estado al alcance de la mano. El cambio surge a partir de la

transformación de una concepción: ver a la vejez no ya como una de las fases de la vida, sino como una enfermedad por la que todos pasamos y de la que nadie está exento, a la cual es preciso retrasar y combatir. De hecho, a menos que un cataclismo acabe con la especie, si se entiende en un sentido amplio la inmortalidad y se le da la concepción de una muy larga vida, la pregunta no es ya si algún día el ser humano alcanzará los secretos de la inmortalidad, sino cuándo. Un romano de la época clásica, viviendo en la cumbre de la civilización de su tiempo, tenía una esperanza de vida de unos 25 años (gracias, en parte, a un servicio militar que duraba varias décadas). Hoy, una mujer japonesa tiene una esperanza de vida de 87 años y quizá una bebé que ya ha nacido, a principios de este siglo y en ese mismo país, se convierta en la primera mujer que vivirá dos siglos, conservándose en buen estado mental y físico hasta bien pasados los 150 años. Decir esto no es hablar de ciencia ficción, es simple extrapolación de datos, de tendencias que ya existen, de terapias que falta mejorar y perfeccionar.

¿Pero es posible hoy hablar de una verdadera inmortalidad? ¿De una que dure miles de años? Es necesario asumir que quizá lo sea. El dinero para investigar los secretos de la vejez está allí, incluso el de muchos bilionarios muy jóvenes, particularmente rusos, estadounidenses y europeos, que financian investigaciones exhaustivas para alejar la vejez. Y las posibilidades de tratamiento sobrepasaron hace

rato los consejos del buen vivir: hoy hablamos de que los próximos acontecimientos claves en la “batalla contra la muerte” se darán a partir de las terapias genéticas o incluso de la nanorobótica.

Pero incluso si uno asume que la inmortalidad un día se conquistará, como se hace en este artículo, hay que reconocer que será al llegar a la meta cuando empiecen las verdaderas preguntas. Quizás el problema más interesante es el que plantea el cerebro. De todos los órganos humanos, parece ser aquel cuyo envejecimiento es más difícil de prevenir. Lo que quizás implique que para ser inmortales habrá que cambiar el soporte de las emociones y el pensamiento por algo más duradero, por un artefacto que hará lucir a cualquier computadora actual como una calculadora del siglo pasado. ¿Pero si los datos del cerebro se transfieren a otro medio, seguiremos siendo nosotros mismos, o el “yo real” morirá junto con el cerebro físico, aunque nos reemplace algo que piensa y siente como nosotros (de alguna manera, es lo que sucedería también con los clones, si se llegara a copiar el esquema mental y no solo el físico)? Un punto clave es que de todas maneras nada es eterno en nuestro cuerpo: las células, e incluso los átomos con los que nacimos, no son los mismos con los que moriremos. Lo que sobrevive a través de las décadas es una “forma de organización” a la que le damos un nombre: nuestro nombre. Cuando esta varía más allá de ciertos límites, se produce el cáncer o la muerte, pero esto es

solo cuestión de grados, pues siempre la materia que constituye a lo que llamamos un “yo” o un “tú” está cambiando. Así que sustituir nuestro cerebro por una computadora, o por un cerebro “fresco” llenado con nuestra personalidad, no parece algo demasiado extremo a menos que se considere el problema de lo que llamamos “alma” o “espíritu”, palabras que no en vano ocupan en nuestra sociedad tecnológica el mismo lugar que Dios ha ocupado en la ciencia: lo insondable, lo inmedible, aquello a lo que solo se recurre cuando no hay alguna otra explicación. Una costumbre en lo cual probablemente nos unimos a los primeros hombres de las cavernas, pues ni la Estación Espacial Internacional, ni Internet ni los miles de aviones que cruzan los cielos cada día nos han curado de las ignorancias elementales.

Pero quizá la pregunta más difícil de resolver sea: ¿quién será inmortal? ¿Se dará dicha posibilidad a toda la sociedad? ¿Se prohibirá tener hijos por razones de espacio y recursos, de forma que los miles de millones de habitantes del planeta puedan seguir viviendo indefinidamente? ¿Será la esterilización el precio a pagar por la inmortalidad? Lo más probable es que no y que la inmortalidad sea una realidad, pero solo para quienes puedan pagarla, pues el criterio de la riqueza raramente va de la mano con un sentido de equidad. No en vano, la vivienda privada más cara del mundo, la horrorosa Antilia por la cual el magnate Mukesh Ambani pagó más de mil millones de dólares, está en medio

de una de las ciudades con más miseria de la Tierra: Bombay... ¿Pero qué pasará con los miles de millones de mortales cuando se enteren de que existe una minoría de inmortales que se han librado de la muerte por el solo mérito del tamaño de su cuenta bancaria?... Cuando la recompensa de rebelarse contra el sistema sea la esperanza de no morir uno mismo, o no ver morir a los seres amados, tal vez la Tierra conozca una revolución que hará que todas las anteriores, desde la francesa de 1789 hasta la rusa de 1918, parezcan juegos en la arena de un jardín de infantes. Quizá, por eso, la conquista de la inmortalidad se dé en secreto, como una realidad compartida solo por los “elegidos”. Quizás incluso Saint Germain dé vueltas ya por el mundo y reparta las manzanas de las Hespérides en manos cargadas de diamantes o talentos. ¿Por qué no? Todo es posible cuando la ciencia se apropia de terrenos que pertenecen desde siempre a lo insondable. ■

agarlon@hotmail.com



Cerrar la puerta

LUIS FERNANDO MEJÍA

Si darnos cuenta cerramos la puerta de la casa para salir a la calle. Es un acto reflejo, casi inconsciente. No se tiene presente que salimos a librar rutinarias batallas, modestas o graves colisiones con el prójimo. Desde un saludo no respondido por el vecino hasta un grosero atraco pueden constituir el menú de escaramuzas del día, para las que no existe vacuna eficaz para blindarse de ellas.

Después de la jornada, casi nunca se regresa indemne. Cada cual vuelve como un héroe ajado, sin trofeos, exhibiendo una llave que busca ansiosa la cerradura de una chapa, ante el afán de llegar al escondite llamado casa. Comienza una tregua, pero solo hasta un nuevo amanecer, que sin falta se presenta luego de veloces horas.

Cada ser humano en la intemperie es un guerrero solitario, sin ejército, aunque no lo sepa. Evade los peligros, disimula las ofensas, busca atajos, intenta su defensa y cuando puede se repliega. Nunca logra celebrar plenamente las victorias pues los

estragos de las derrotas recientes no se lo permiten.

“Desde hace años, prácticamente vive encerrado en un apartamento en el norte de la ciudad, con las cortinas a medio cerrar en pleno día. Bata camel, pijamas sin cuello y pantuflas constituyen su atuendo habitual. Sale muy poco, casi nada”. Así, en 1976, se refería Daniel Samper Pizano (1945) al destacado columnista y humorista Lucas Caballero Calderón, “Klim” (1914-1981). Y al preguntarle Samper sobre su aislamiento voluntario, respondió: “en realidad me desagrada la masa”. Es decir, evita la borra- chera comunitaria.

La poeta estadounidense Emily Dickinson (1830-1886) también vivía puertas adentro, pues “para viajar lejos, no hay mejor nave que un libro”. Además, “morir no duele mucho: nos duele más la vida”. Qué cosas avizoraría esta pensadora en su mundo social que prefirió enclaustrarse en su habitación, en una especie de resistencia pacífica, negándose, al máximo, a la belicosa realidad constituida por los seres humanos. Agobiada pero rebelde.

Siempre han existido ermitaños. Gozan de prestigio los que huyen de la ciudad y se aíslan en el bosque. Estos siempre son catalogados como seres superiores y espirituales aunque se la pasen dormidos. Otros, los anacoretas que no aspiran a su transformación personal, escogen un rincón donde el mundanal ruido se oiga lo menos posible, pero se quedan en un sitio donde puedan atisbar por la ventana las ocurrencias y las trampas de

la realidad. Estos individuos no gozan de admiración, son vistos con recelo, con pronóstico reservado: futuros suicidas o asesinos en serie.

Es difícil comprender que estos ermitaños urbanos solo escapan de la trivialidad y de la incompreensión más que del hampa. Quieren tomar distancia de las apariencias, las simulaciones, los malos entendidos, los comentarios ramplones, los insultos sin creatividad, los enemigos gratuitos. Huyen de la obligación de parecer simpáticos o comprensivos. Saben lo que les espera al cerrar la puerta y quedar en la calle. Prefieren, entonces, cerrar la puerta y seguir adentro.

Estar afuera implica múltiples factores de riesgo para la salud física, y, en especial, para la salud mental. Una sonrisa amistosa se entiende como una risa burlesca, una mirada atenta se convierte en una mirada inquisidora, se dice “a” y el otro, por mil causas, oye “z”, un abrazo se recibe como un abuso de confianza, un desprevenido elogio pasa como una zalamería, un comentario sincero se toma como una crítica destructiva, un silencio puede sugerir las más inusitadas interpretaciones. No bastan las buenas intenciones o actuar a la defensiva. Los desencuentros son inexorables.

El filósofo rumano Emil Michel Cioran (1911-1995), con su brutal sabiduría, denunció que “la sociedad no es un mal, sino un desastre; ¡que estúpido milagro que pueda vivirse en ella! Cuando se le contempla entre la rabia y la indiferencia, se hace inexplicable que nadie

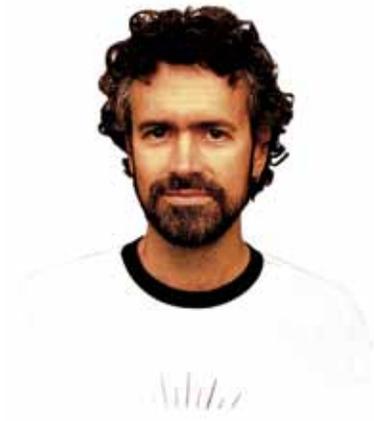
haya sido capaz de demoler su edificio, que no haya habido hasta ahora gente de bien, desesperadas y decentes, para arrasarla y borrar sus huellas”. Con su perpetuo arrebatado de pesimismo, el maestro podría haber reconocido que, una vez encerrado en su casa, solito, retirado de la manada, se sentía mucho mejor, con cierta placidez cercana al optimismo.

Caballero, Dickinson y Cioran representan muy bien a aquellos seres muy bien hechos al revés o a aquellos que parecen vivir en la época equivocada, que saben perfectamente que cerrar la puerta y salir a la calle es integrarse a otros en un confuso campo de batalla, donde lo menos que puede ocurrir es ser víctima del “fuego amigo”. Por eso han abandonado precozmente la muchedumbre, sin esperar la vejez, como parece que lo hacen los elefantes cuando sienten cercana la muerte.

Se recomienda, entonces, en caso de necesidad, no cerrar la puerta con llave al salir, simplemente dejarla ajustada, no vaya a ocurrir que, al regresar, se trabé la chapa y no quede más remedio que aguantar más de la cuenta las naturales turbulencias del cielo abierto. ■

lfmejia@udea.edu.co





La sinagoga del pintor

IGNACIO PIEDRAHÍTA

Sara Spinelli tiene el pelo corto y blanco. Es liviana y se mueve a zancadas por el piso de madera de su apartamento. Trabaja tres días a la semana, y el resto lo dedica a tomar fotografías, que envía por internet a un grupo de personas cada noche. Para retocar sus finanzas, recibe turistas en una pequeña pero acogedora habitación que le sobra. Sara desembarcó en Nueva York a finales de los setenta, muy joven, sin todavía estar segura de querer dejar de manera definitiva su Italia natal y su Bélgica adoptiva. Aunque la ciudad ya mostraba síntomas de una grave crisis que pondría los niveles de delincuencia por los rascacielos, el lugar al que llegó la convenció de que era allí donde quería pasar el resto de su vida: el cuarto y último piso del número 87 de la calle Eldridge.

La ubicación del edificio no prometía mucho. Estaba situado en el Lower East Side de Manhattan, en el borde oriental del barrio Chino. Al norte

lindaba con el peligroso East Village, y al sur con los estribos herrumbrosos del puente de Brooklyn. Por otra parte, no era un edificio de apartamentos propiamente dicho, sino una antigua sinagoga, construida y luego abandonada por la colonia judía que décadas atrás habitó el barrio como lugar de entrada a la Gran Manzana.

Aunque por fuera el edificio tenía cierta elegancia —dos enormes arcos subían hasta el tercer piso y parecían darle altura a la construcción—, por dentro la estructura era más bien contrahecha. La razón para ello es que, por una parte, las sinagogas que se construyeron en el Lower East Side estaban fundadas en ruinas de antiguas casas. Al igual que la estadia de los judíos que recién llegaban, no estaban hechas para durar. Por otra parte, la posterior reconversión en edificio de apartamentos había sido más bien hechiza: las escaleras no siempre tenían la misma inclinación, y algunos segmentos empataban con hierro los viejos accesos del templo. El cielo raso del último piso, donde Sara llegó a pasar sus primeros meses en la ciudad, era de tablas de madera sin pulir, que a duras penas se alineaban unas con otras para contener lo que pudiera desprenderse del techo.

La magia del edificio, sin embargo, estaba en su dueño, el pintor Milton Resnick, quien ocupaba los dos primeros pisos para pintar y el tercero para vivir. El cuarto piso estaba ocupado por su asistente, quien no se sentía a gusto allí y pasaba la mayor parte del tiempo fuera. En una de sus ausencias fue que

Sara llegó a la ciudad, y tras un corto ir y venir se quedó finalmente como inquilina del lugar que le estaba destinado para las siguientes casi cuatro décadas de su vida.

Milton Resnick, por su parte, no era cualquier pintor. Junto con Willem De Kooning, Franz Kline y Jackson Pollock, era miembro fundador del expresionismo abstracto. Aunque su fama no llegó a ser como la de sus compañeros, era un verdadero maestro que muchos pintores jóvenes iban a visitar y a escuchar. El reconocimiento le llegó tarde, cuando ya el Pop Art comenzaba a descollar, y enfrentar esa situación lo hizo quizá más grande en carácter. Fue a mediados de los años setenta cuando compró la sinagoga de la calle Eldridge y la convirtió en estudio y en lugar para vivir. En la compra, sin embargo, no había mucho de original. Su esposa, la también artista Pat Passlof, había comprado hacía diez años una para ella sola en la misma manzana. Cada uno en su sinagoga, el matrimonio Resnick-Passlof duró para toda la vida.

Resnick se quitó la vida en el 2004 con su revólver de dotación de la Segunda Guerra Mundial, cuando los dolores por un antiguo disparo en la espalda ya no lo dejaban en paz. La viuda, que murió de muerte natural en el 2011, mantuvo intacto el estudio de su esposo, con el fin de que un grupo de personas elegido por ellos mismos hiciera allí una fundación que homenajeara su trabajo. Sara sobrevivió a los dos artistas y todavía sigue ocupando su último piso. Pero el edificio está a la venta

y pronto tendrá que desocupar. Difícilmente se podrá llevar a cabo el deseo de Resnick y de su esposa, porque los impuestos de la vieja construcción, que entre otras cosas se cae a pedazos, son de 30 mil dólares al año. Paradójicamente, habrá que venderlo a los especuladores inmobiliarios, ávidos de espacios para reformar y revender, para poder hacer realidad la fundación.

Es entendible que las cosas tomaran ese rumbo, no solo por lo inviable del proyecto original, sino porque la presión de los compradores está a la orden del día. El Lower East Side es uno de los pocos lugares del Downtown que todavía no ha sido completamente remodelado para venderse a precios estratosféricos. Por una parte están los chinos, que conservan buena parte de los edificios, y por otra los conjuntos de apartamentos que en los ochenta fueron vendidos a precios bajos a familias —en su mayoría latinas y negras—, con restricción para vender. Aún así, cada vez más se venden y se compran edificios enteros para remodelar al estilo Soho o Tribeca, barrios nivelados por lo alto.

Si Sara no se ha ido es porque la venta no se ha concretado, pero sus días están contados. Como muchos otros inquilinos a quienes se les multiplicó el valor del arriendo por parte de los nuevos dueños, tendrá que salir de Manhattan, muy probablemente hacia el vecino Brooklyn, donde hoy viven los artistas y los jóvenes que no están en capacidad de pagar los dinerales que cuesta alquilar un apartamento en la isla. Y tal vez no podrá ser

al Brooklyn más de moda, tipo Williamsburg, porque hasta allí también ha llegado la especulación inmobiliaria, sino unas estaciones de metro más al este, alrededor de Bushwick. Este último es todavía un barrio diverso, más bien pobre, habitado en buena parte por latinos, donde los artistas pueden alquilar a bajos precios edificios enteros para montar sus estudios. Es allí donde muy probablemente esté otro gran Resnick, y otra Sara recién llegada, que mantendrán vivo el sueño de la ciudad que nunca duerme. ■

agromena@gmail.com



El hábito...

PALOMA PÉREZ SASTRE

Cuando la mente no puede ser hecha a la medida del cuerpo, debe ser el cuerpo hecho a la medida, aproximadamente, en todo caso, de la mente.

Michael Dillon

Hace poco se publicaron en *Universo Centro*, un periódico local, unas fotografías de estudio de 1912

en Medellín, en las que aparecía un hombre joven que de día se vestía de mujer para trabajar como empleada doméstica y robar el dinero que gastaba por la noche en los bares vestido de hombre. Tan convincente es Roberto Durán como Rosa Emilia Restrepo. Conociendo los prejuicios de la época, llama la atención el hecho de que Benjamín de la Calle no se hubiera limitado a retratar la alta sociedad, sino a poner tras su lente a toda ella; muestra de su interés por la crónica y su sensibilidad de artista.

El mes pasado la prensa informó de la captura en Barranquilla de Giovanni Rebolledo, quien se había cambiado de sexo para escapar a sesenta años de condena por secuestro, tortura, hurto, fabricación y posesión de armas de fuego. Dos momentos que reflejan el paso del tiempo en Colombia, pues mientras al travesti de principios del siglo XX le bastaba cambiar de ropa y robaba para beber, el contemporáneo cometió delitos graves y pasó por el quirófano para ponerse tetas y nalgas descomunales. Dos signos que dicen mucho.

En la actualidad, la experiencia, el arte y las investigaciones han dejado claro que cuerpo, género, ropajes y preferencias sexuales pueden ir cada uno por su lado y combinarse de maneras caprichosas e insospechadas. El travestismo masculino ha dejado de escandalizar y se ha vuelto cotidiano —lo que no quiere decir que quienes lo practican no se sigan sometiendo a la exclusión y la violencia—. Del femenino, menos vistoso,

apenas se habla; al respecto, tengo en mente dos manifestaciones singulares.

La primera: las monjas de mi colegio. Casi todas tenían nombres de hombre. La temible hermana Javier, grande y gruesa, de voz fuerte y talante rudo de campesina, se encargaba de la disciplina y tenía más poder que la rectora. Temblé en su presencia hasta que, a fuerza de curiosidad, conocí la mujer delicada y sensible bajo el velo, y a partir de entonces llegar tarde dejó de preocuparme. La hermana Fernando administraba los buses —y, a veces, los manejaba—; una empresa inmensa, en la que con soltura hacía de patrona de los choferes y se entendía con talleres de mecánica y almacenes de repuestos, terreno exclusivo de varones en los años sesenta. La hermana Alberto era la ecónoma y así toda la jerarquía. No había nada de raro en eso, así eran las monjas. Se trataba, tal vez, al asumir otros nombres, de un mecanismo defensivo para ejercer el poder en un mundo que solo oye la voz del patriarca.

El segundo recuerdo tiene que ver con algo que hace poco me produjo una fuerte impresión: unas mujeres que se visten de hombres con intenciones y resultados muy ajenos a los de las provocadoras Marlene Dietrich y Liza Minnelli. Se trata de las *Burrnesh*, mujeres-hombre o vírgenes juradas de Albania; una institución tradicional consagrada en el *Kanun* o conjunto de leyes que rigen desde el siglo xv en el norte de Albania y Kosovo. Según esta ley —que el comunismo trató en vano de eliminar—, las mujeres

pueden asumir el papel de hombre ante la carencia de un líder familiar por muerte y por no haber otro que lo reemplace. Ellas renuncian a su condición femenina y al ejercicio de la sexualidad, se cortan el pelo y visten ropa de señor —y en algunas ocasiones se cambian el nombre—; y a cambio, se les permite fumar, beber, usar armas, disponer de sus bienes, hacer trabajos rudos y, sobre todo, mandar. Ante un consejo de ancianos, juran ser vírgenes toda su vida para convertirse en hombres. Entonces, no se trata de mujeres disfrazadas de hombre, ni de mujeres que parecen hombres y se comportan como hombres, sino —gracias a la magia del símbolo— de hombres; todos en la familia y en la comunidad las tratan como tales y acatan su autoridad. La calidad de la mimesis se puede ver en imágenes y videos de internet.

Llama la atención el hecho de que las vírgenes juradas actuales —todas ancianas, al parecer— se escondan y vivan como ermitañas y que la misma ley arcaica y feroz que las condena, condene a los jóvenes a vengar o a ser víctimas de venganzas derivadas de ofensas entre familias. Un drama que viven muchos albaneses del norte recluidos en sus casas y que ha sido difundido y denunciado por organizaciones pro derechos humanos.

No dudo de que en estas dos formas de camuflaje haya habido verdaderos deseos cumplidos de ser en el mundo, pero pienso también en aquellas mujeres que encontraron en el convento o en el “juramento” el único medio para escapar de un matrimonio

forzado o de cualquier otra imposición cultural a las de su sexo, y veo en ello una manera triste de renunciar a la vida. ¿Qué pasa después de traspasado el límite? ¿Habrá realmente compensación en el ejercicio del poder? No se ve brillo en los ojos de las vírgenes de saco y pantalón, y es difícil adivinar felicidad en los castigos de la hermana Javier; sin embargo, estoy segura de que la hermana Fernando vivía plena en su inmenso garaje.

En fin, cada cual se las arregla para hacer de su capa un sayo.



palomaperez@une.net.co
Profesora de la Universidad de Antioquia



New York, New York

LUIS FERNANDO AFANADOR

En mi primera visita a Nueva York tuve la experiencia más intensa que me haya dado jamás el arte: una epifanía. El culpable fue el cuadro de Vermeer *Mujer con aguamanil*. Sentí que la mujer de ese cuadro estaba ahí, viva para siempre, y que el maestro holandés había alcanzado esa utopía que desesperadamente persiguen todos los artistas:

detener el tiempo. Ahí entendí por qué Proust no exageraba cuando, al ver *Vista de Delft*, dijo: “he visto el cuadro más hermoso del mundo”, y por qué decidió que su personaje Bergotte muriera frente a él.

En la siguiente visita volví al Metropolitan a verlo, ya como un peregrinaje. Pero descubrí otros tres Vermeer en la galería Frick. El que me sedujo de los tres fue *Militar y muchacha riendo*: otra vez la magia de la luz y esa situación ambigua entre ese hombre y esa mujer.

Esta vez, en mi tercera visita, quería ver otras cosas más contemporáneas, traicionar a mis holandesitas, liberarme de tanta belleza, porque, como dice la balada, “hasta la belleza cansa”. También, terminar tareas pendientes: la galería Neue, dedicada al expresionismo. Allí, en ese enclave germano-austriaco sobre la Quinta Avenida, estaba, imponente, el *Retrato de Adele Bloch-Bauer*, de Klimt, con sus texturas irreproducibles en la mejor fotografía. Kokoschka, Egon Schiele, George Grosz y una exposición del diseñador vienés de principios del siglo XX, Koloman Moser, con sus muebles, sus objetos y sus proyectos de casa: esa utopía —¿esa locura?— de vivir la vida cotidiana dentro del arte. Sin embargo, lo que me perturbó fueron los dibujos de Klimt, en especial el de una mujer masturbándose. Es fácil entenderlo ahora: Klimt fue más lejos que el pascato y sesgado —¿o cegado?— Sigmund Freud.

En nuestro itinerario trazado, seguía el Guggenheim, a pocos pasos de la galería

Neue. Estaba parcialmente cerrado hasta el próximo viernes, por los preparativos de una nueva exposición. Ni modo. “Desparchados”, empezamos a caminar hacia abajo, por el costado del Central Park, aprovechando el verano todavía soportable, a comienzos de junio. ¿Y por qué no entrar a la Frick? El azar finalmente es quien rige los destinos y el llamado de Vermeer es poderoso: la belleza no cansa. ¿De qué estarán hablando ese militar y esa muchacha? ¿Palabras de amor? ¿Propuestas indecentes? Son tan agradables los museos pequeños, a escala humana. Y más aún las colecciones privadas, que fueron escogidas obedeciendo a un criterio muy personal, arbitrario si se quiere, pero apasionado. Arrullado por el sonido del agua en el patio principal, por la serenidad de esa mansión aristocrática, entendí el hilo conductor de esta colección que reúne tantas épocas y estilos: el rostro humano, la constancia del paso del tiempo. De ahí, la colección de relojes, el Tomás Moro de Holbein, el Felipe IV de Velásquez, el soberbio autorretrato de Rembrandt viejo.

A lo que vinimos: el arte contemporáneo, lo nuevo, lo diferente: las galerías Riggio, en Beacon, un pequeño pueblo a ochenta minutos de Nueva York, río Hudson arriba. En Gran Central Station se toma el tren Norte y luego del desaparecido paisaje suburbano llega uno al pleno campo y la estación de Beacon. Caminando quince minutos por una ruta señalizada —si prefiere no tomar el bus— quedan las galerías, en realidad

una antigua fábrica de impresión de Nabisco que, gracias a sus espacios inmensos, fue el mejor sitio para acoger las grandes arañas de Louise Bourgeois, los laberintos de Richard Serra, las instalaciones de Joseph Beuys, las series de Sol LeWitt y las sombras de 360 grados de Andy Warhol.

Si vas al Dia: Beacon, Riggio Galleries, debes dejar la belleza a un lado. El primer encuentro es un choque con la chatarra de John Chamberlain. ¿No había hecho eso ya nuestra Feliza Bursztyn? No, Chamberlain es más viejo aunque murió mucho después. De cualquier manera, esas canoas de chatarra son algo especial. Seguimos con On Kawara y su serie *El Tiempo*, un registro personal de los días y los años en cuadros de ocho tamaños predeterminados y en disposición horizontal, aparentemente en blanco y negro, aunque en cada cuadro hay ligeras variaciones de color. Después Robert Ryman y sus cuadros blancos, donde no hay nada o quizás un sutil blanco sobre el blanco. ¿De qué se trata esto? ¿Puros discursos? ¿No es un *déjà vu*? No, aquí están los pioneros, los que comenzaron en los años sesenta y los que han continuado hasta el día de hoy con una manera de hacer arte que no busca la contemplación sino alterar la conciencia del espectador. Aunque no es tan fácil definirlo; las generalizaciones son peligrosas. Al ver, unas salas adelante, las series pintadas en la pared de Sol LeWitt, nos encontramos con una profunda armonía de líneas y de formas: la experiencia estética sigue vigente. O, en todo

caso, se trata de una experiencia que apela a los sentidos, a sensaciones físicas, a la vez agradables y desagradables, como ocurre con las mezclas de vidrio cortado, piedra y arena, de Robert Smithson. Qué miedo y qué alegría indescriptible recorrer el laberinto de Richard Serra y llegar a su centro. Cuántas ganas de tocar y dejarse envolver por las esculturas de Louise Bourgeois: pero si es lo mismo que uno siente con las de Bernini.

Después del Dia: Beacon, ir al Moma es como ir al Louvre. Qué hermosas y clásicas se ven las señoritas de Avignon y las bailarinas de Matisse. Incluso la rueda de bicicleta de Duchamp, el iniciador del antiarte, luce demasiado canónica, lo mismo que las hamburguesas pop de Claes Oldenburg, la exposición de la temporada.

Volvemos al Guggenheim. Aten Reign es el nombre del proyecto que estaban montando y es una instalación de James Turrell. El techo de vidrio y las escaleras concéntricas fueron recubiertos con una serie de anillos interconectados de LED formando cinco elipsis. Visto desde abajo, el efecto es cambiante: la luz varía de azul a naranja, de rojo a violeta, de acuerdo con los cambios de la luz solar y la intervención de Turrell y sin que desaparezca del todo el magnífico diseño de Frank Lloyd Wright, arquitecto del edificio. Con esa obra se ha redefinido entonces la identidad del Guggenheim como “templo del espíritu”, según quería su primera directora, Hilla Rebay. Experimentos con la luz nos propone James Turrell, “un ejercicio de ver viéndonos a

nosotros mismos en el acto de mirar”. Luz y sombra, el viejo problema que también desvelaba a Vermeer. **U**

lfafanador@etb.net.co



Lo que va de Peter Pank a Vapor

ÁLVARO VÉLEZ

El periodo de la Transición Española contó también con su versión en historieta, y de ese momento en particular surgió la revista *El Vibora*, en diciembre de 1979 (que tenía como subtítulo “comix para sobrevivientes”). La revista contaba con autores que eran rechazados en otras publicaciones de cómic que pretendían ser más logradas en estética y contenido. Sin embargo, *El Vibora* marcó toda una época dentro de la contracultura española, al mismo tiempo que coqueteaba con el glamour, lo frívolo y los flashes de la fama, pues funcionó paralelamente a lo que llamaron la movida madrileña y, por momentos, sedujo a personajes como Pedro Almodóvar, de quien se recuerda una fotonovela aparecida

en una temprana edición de la revista, acompañada de algunos de sus gustos particulares: el travestismo, el consumo de drogas, el desafío a la autoridad y demás aficiones que lo iniciarían y lo acompañarían en el mundo del cine.

Por las páginas de *El Vibora* pasaron autores como Javier Mariscal, que años después se dedicaría a la pintura, al diseño y a la animación; Miguel Gallardo, que en 2007 publicó un bello libro en cómics acerca de la relación con su hija autista titulado *María y yo*; Martí Riera Ferrer, con esas bonitas pero también siniestras viñetas en obras como *Taxista*; el divertido Antonio Pamiés y sus cómics mal dibujados (cómo olvidar esa historieta titulada “Esnifada en Bolimbia”, que sucedía en un país entre Colombia y Bolivia, con una carga de intriga internacional, cocaína y selva, protagonizada por el detective Roberto el Carca y su fiel compañero el oligofrénico Sotín), o Nazario, el trasgresor máximo —por lo menos para algunos lectores, como yo, en su primera juventud—, con historietas de machos homosexuales en donde las grandes vergas, y las orgías entre varones, competían con las truculentas historias detectivescas de su protagonista travesti Anarcoma.

En esa camada dispar de *El Vibora*, que solo era aglutinada por la revista y por lo que dieron en llamar el estilo “chungo”, se encontraba también Max (Francesc Capdevila). Bebedor de las aguas del cómic franco-belga, con un estilo de línea clara y un dibujo cuidado, Max creó *Peter Pank*, una suerte de Peter

Pan punkero en un Neverland de las calles europeas de finales de los setenta y principios de los ochenta. Una reinención del clásico para niños que en la revista, de “comix para sobrevivientes”, se convertía en una oda a los tiempos del desenfreno.

De esa época de los ochenta, de Peter Pank o de su personaje Gustavo, saltamos más de veinticinco años después para ver *Vapor* (Ediciones La Cúpula, 2012). No es que Max no haya hecho nada durante ese cuarto de siglo, sino que desde estas lejanas tierras olvidadas por el dios del cómic era imposible seguirle la pista al dedillo, o por lo menos a su más de una docena de libros publicados. Sí se sabe que en veinticinco años cambian muchas cosas; el Max de ahora no puede ser el mismo de *Gustavo contra la actividad del radio* (Ediciones La Cúpula, 1982) o de *Peter Pank* (Ediciones La Cúpula, 1985), pero conserva algo de esas primeras obras.

En *Vapor* se ve aún algo del viejo estilo de Max, mucho más depurado pues no se trata del gran detalle al que nos tenía acostumbrados en el cómic del joven punkero. La grandeza de muchos dibujantes veteranos es que con un solo trazo pueden decir miles de cosas, y Max lo sabe y lo hace con una pluma en un blanco y negro que parece austero pero que está cargado de significados, y no solo desde la mirada estética sino también desde su contenido. *Vapor* tiene como protagonista a Nicodemo, un hombre que decide abandonar la civilización y vivir en el desierto, una especie de anacoreta. Sin embargo, su apego al

mundo anterior lo hará vivir diferentes y extrañas situaciones que rayan con lo místico, lo metafísico y lo surreal.

La obra de Max puede acercarse a obras como *Simón del desierto*, de Luis Buñuel (1965), aunque en la obra cinematográfica del español el protagonista es aún más estoico que Nicodemo. Pero también hay enormes cercanías de *Vapor* con el encriptado y dadá George Herriman y su historieta de principios del siglo XX: *Krazy Kat* (considerada aún, por muchos críticos, como el mejor cómic de todos los tiempos), o con el más actual —y no menos fabuloso— Jim Woodring y su indescriptible *Frank*. Se trata de eso mismo, de obras difíciles de describir, de trazar una línea que nos haga entender ciertas cosas.

Nicodemo sufre de sed; después de dormir por varias horas siente también hambre, y conoce a ese personaje medio discolorado llamado moisés (así con minúscula, porque los nombres en ese desierto no deben llevar mayúsculas iniciales) que parece conocer a todos y todo en el desierto. Al parecer no hay mujeres en ese desierto, pero moisés pasa charlando con una de ellas. Nicodemo intenta meditar, lucha con su sombra, y esta, a su vez, con la nieve. Aparece un hombrecillo que va a cortar leña por orden de Nicodemo y este último no entiende nada. El relato, casi a punto de terminar, continúa con un estrambótico desfile de carnaval, que solo pasa cada diez años y es el gran acontecimiento del desierto, y con la promesa de que en algún momento Nicodemo conocerá a Vapor.

Vapor es una historieta que tiene profundos significados y al mismo tiempo se puede leer como un simple divertimento, en donde vemos a Nicodemo sobrevivir en el desierto mientras desfilan diferentes criaturas o personajes, en actitudes o situaciones inverosímiles, fuera de contexto, absurdas —surrealismo al fin y al cabo—. Max ha llegado hasta aquí después de un largo viaje, después de una lucha con el papel y el lápiz por mucho más de un cuarto de siglo. Inició haciendo cómics “chungos” (aunque de línea franco-belga) y va en la que han llamado “humor metafísico”. Y digo “va” porque aún no ha terminado, porque como su personaje de Nicodemo aún tiene muchas cosas más que descubrir en este desierto grande que es la vida. ■

truchafrita@gmail.com



revista
UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA

 /revistaudea

 @revistaudea

www.udea.edu.co/
revistaudea

